Cristina Gómez y Miguel Soto, coords., *Transición y cultura política. De la Colonia al México independiente*, 2004, México, Facultad de Filosofía y Letras-Dirección General de Asuntos del Personal Académico-UNAM, 308 p.*

El libro aquí presentado reúne diez artículos de distinguidos investigadores de la UNAM, el Instituto Mora, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, la Universidad Autónoma de Tamaulipas y El Colegio de Jalisco. Esta obra es el resultado del esfuerzo colectivo de un seminario dirigido por Cristina Gómez y Miguel Soto, por espacio de tres años, según lo afirma Alfredo Ávila en la página 111. Hago referencia a este dato preciso porque, sin duda, tenemos una obra seria, bien fundada, con planteamientos teóricos interesantes y que refleja la madurez de los colaboradores.

168 El trabajo se divide en cuatro capítulos. El capítulo I, “El Impreso: espacios públicos y espacios políticos”, se ocupa de la relación entre lecturas, lectores y opinión pública, en la transición de la Colonia a las primeras décadas del México independiente. El capítulo II, “Discursos y prácticas políticas”, nos presenta en contraposición los lenguajes políticos desde la subversión y el poder, así como el discurso sobre la tolerancia religiosa. El capítulo III, “Trayectorias singulares”, estudia los caminos empresariales y políticos de José María Fagoaga y Lorenzo de Zavala en un mundo cambiante y contradictorio. En el capítulo IV, “Problemas de la integración nacional”, dos amigos entrañables analizan los problemas de la integración del país, en el tránsito de la Colonia al México independiente, para dos provincias muy importantes: Jalisco y Chiapas.

Me parece lo más adecuado hacer algunos comentarios generales sobre cuatro ideas centrales en las que descansa la estructura y contenido del

* Este texto fue leído por su autor durante la presentación del libro, que tuvo lugar el 31 de mayo del 2005, en el Recinto de Benito Juárez del Palacio Nacional.

libro: una periodización precisa, de 1808 a 1835; el concepto de transición política; la visión amplia de cultura política con relación a la renovación de la historiografía del período; y, el uso de nuevas fuentes e interpretaciones para el período.

Uno de los problemas más importantes que enfrenta el historiador es el de periodizar. Al respecto, la opinión de los autores varía radicalmente. Johan Huizinga dice: “La división de la historia en períodos, aunque indispensable tiene un valor secundario, es siempre imprecisa y fluctuante y hasta cierto punto arbitraria. Lo más conveniente es designar las épocas por nombres incoloros tomados de cortes externos y fortuitos.” Y agrega más adelante, “Ahora bien, cuando el nombre de un período se toma demasiado al pie de la letra o cuando se busca en él más de lo que puede dar, entorpece siempre la clara comprensión de los fenómenos históricos. Por eso, lo más inocuo es atenerse al empleo de aquellos términos que llevan escrita en la frente su ausencia total de motivación” (*El concepto de la Historia*).

En el extremo opuesto de esta posición Benedetto Croce afirma: “Pensar la historia es por cierto dividirla en períodos, porque el pensamiento es organismo, dialéctica, drama, y, como tal, tiene sus períodos, su principio, su medio, su fin, y todas las demás pausas ideales, y por ello inseparables del pensamiento, en el cual constituyen una unidad, como la sombra con el cuerpo, el silencio, con el sonido: idénticas a aquél, cambiantes con él. Los pensadores cristianos dividían la historia en anterior y posterior a la Redención; y esta división en períodos no era un apéndice al pensamiento cristiano, sino el pensamiento cristiano mismo” (*Teoría e historia de la Historiografía*). En esta misma posición extrema, Ernst Troeltsch considera que la división en períodos es la coronación y el remate del pensamiento histórico y de la estructura de la Historia. Toda periodización sería interna, sustancial y fruto de un conocimiento a través de muchos años de trabajo (*El historicismo y sus problemas*).

Entre estos extremos, por supuesto, encontramos todas las transiciones posibles. Estoy seguro que en el Seminario se discutió con amplitud este problema. El resultado final, definir los años de 1808 a 1835, como período de transición política de la Colonia al México independiente, estoy también seguro que no satisfizo del todo a investigadores tan serios. Las contradicciones afloran desde el primer artículo, que va más allá del corte sugerido en 1808. Más dificultades, creo yo, plantea el término de éste en 1835. Mi obvia deformación temática me lleva a preguntar: ¿acaso con el advenimiento de

la república centralista no seguimos en el proceso de transición y cambio de una cultura política colonial a una liberal? Me hubiera gustado una explicación más amplia sobre el problema; no obstante, el libro aporta elementos importantes para re-pensar este período de la transición política.

Una película canadiense relata la historia de una adolescente que es llevada a un internado por su padre y su madrastra. La acción sucede en el Canadá, en pleno siglo XXI. La chica, de trece o catorce años, entabla una fuerte amistad con otras dos adolescentes muy precoces y diríamos ahora ‘reventadas’. Una noche platican largamente sobre sus vidas, problemas, abandono y nuestra protagonista les informa a sus amigas, que le pueden llamar ‘ratón’, como su padre solía nombrarla. Ellas no están de acuerdo y la bautizan con el nombre de ‘valiente,’ por el relato sobre cómo había enfrentado la muerte de su madre, a quien adoraba. Unos días después nuestra adolescente busca al jardinero del colegio para decirle que quería ayudarlo a trabajar en el jardín. El buen hombre queda azorado, pues en veinticinco años de laborar en esa escuela, ninguna alumna había realizado semejante proposición. Ambos charlan por un buen rato, se ponen de acuerdo para trabajar juntos y al final el jardinero le pregunta a la adolescente: ‘bueno, ¿y como te llamas?’; ella, con gran ingenuidad le responde: ‘mi nombre está en transición, así que puedes llamarme transición’.

170 | Transición, si no me equivoco es un *leitmotiv* del libro. El mismo título de la obra lo señala como un tema fundamental. Los coordinadores afirman: “Se pretende, de esta manera, borrar las divisiones periódicas tradicionales que ubican dos entidades distintas, la Colonia y el México independiente, y propone que tanto las permanencias como los cambios se aprecien más nítidamente si se asume la transición como parte de un proceso continuo” (p. 7).

Transición, cambio y permanencia, ser y no ser. Dice Henri-Irenée Marrou: “Cuando consideramos desde el punto de vista de la historia de las religiones los quince o diecisiete siglos que agrupamos bajo la etiqueta (¿quién se atrevería a decir concepto?) de Antigüedad clásica, podemos dividirlos entres períodos bien diferenciados en cuanto a sus características generales, aunque, como siempre, sea un poco artificial el atribuirles límites cronológicos precisos; tal como hemos subrayado de pasada, el objeto histórico tiene una estructura polifónica y, en la misma época, en los mismos espíritus —ya se ha visto claramente en el caso de Cicerón—, se superpone un tema dominante, eco aún perceptible del tema en vía de retroceso, y un primer esbozo

del que solamente más tarde, se situará en primer plano.”(¿*Decadencia romana o Antigüedad tardía*?) Esta estructura polifónica, esta coexistencia de los tiempos en una misma comunidad o en una persona es lo que hace fascinante a la Historia. De ahí la diferencia radical entre el historiador y el científico natural. Este último define por exclusión, por distinciones radicales. El historiador por matices, por transiciones superpuestas.

José Bernardo Couto, jurista eminente y político de ideas moderadas, al oponerse en el Senado, en 1835, al cambio en la forma de gobierno, definió mejor que nadie el concepto de transición: “De más de medio siglo a acá se han propagado y difundido opiniones, que no están en armonía con el orden y modo de ser de las sociedades de antes. Este conflicto de los principios nuevos con las instituciones, hábitos e intereses antiguos, es imposible que deje de tener en conmoción a los pueblos. La especie humana parece estar sufriendo una larga y penosa crisis, y el destino de la generación presente es el haber venido a la tierra en época en que se realiza una mudanza de primer orden” (*Dictamen de la comisión especial de la Cámara de Senadores, sobre cambio de la forma de gobierno y voto particular del señor Couto*).

El libro presentado es, sin duda, rico en matices, y una de sus principales cualidades es la de mostrarnos el carácter polifónico de esta época. También, por él vemos pasar delante de nuestros ojos a los hombres de carne y hueso que vinieron al mundo en un momento de grandes cambios: el obispo de Michoacán, Marcos Moreana; Dionisio Espejo, vendedor de petates; el editor-impresor José Mariano Fernández de Lara; los lectores del correo de ‘El Sol’; Francisco Santoyo y sus actividades clandestinas; José Joaquín Fernández de Lizardi; Juan de Dios Cañedo, El Polar; Vicente Rocafuerte promoviendo la tolerancia religiosa; José María Fagoaga y Lorenzo de Zavala en sus afanes empresariales; el bachiller José María Borrego, José Ignacio Otero y José Ignacio Jaramillo enfrentando en Guadalajara al Santo Oficio por sus ideas heterodoxas; y el presbítero Francisco Guillén promoviendo en Chiapas la unidad con México e inventando una identidad de costumbres inexistente. El solo dato de que los hombres de esta historia son poco conocidos nos indica que estamos, sin duda, frente a una nueva concepción de la historia política y esto nos remite al tercer concepto.

En el prólogo, Cristina y Miguel definen el tipo de historia política que construyeron: “Los trabajos reunidos en este libro ilustran sólo algunas posibilidades de temas y problemas que se pueden examinar desde la perspectiva de la cultura política” (p. 9). Como dije al principio, no es mi

intención entrar al análisis particular de cada uno de los textos. En términos generales, la obra incursiona con éxito en el ámbito de las ideas, los ideales, las creencias, las representaciones, el lenguaje y los símbolos políticos que se fueron construyendo en la transición. Sin embargo, el problema que queda en pie es el de la exclusión. Esta nueva cultura política en proceso de construcción, parece ser que pertenece sólo a una elite urbana, que excluye a la mayoría de la población. ¿Cultura política o culturas políticas? Nuevamente, el carácter polifónico de la Historia.

Lorenzo de Zavala, uno de los promotores del desorden electoral en la República Federal, comentaba con un poco de cinismo: “La ley que arregla las elecciones era copiada, con muy pocas modificaciones, de la de las cortes de España, dejando siempre un campo vasto a toda clase de ciudadanos para votar y ser elegidos. Semejante base es muy perjudicial en un pueblo en que la clase de ciudadanos proletarios no tienen siquiera la capacidad necesaria para discernir entre las personas que deben nombrarse, ni mucho menos conoce los grandes objetivos a que son destinados los ciudadanos que elige. De aquí resulta que no teniendo ningún interés social, por decirlo así, en que salga este o el otro, se ocupa en buscar otro género de intereses más palpable, más físico, más inmediato. En Mérida de Yucatán distribuían tazas de chocolate y daban almuerzos a los indios; en México repartían *pulque* y en otros puntos aguardiente. Los más osados (léase él mismo) entraban en los grupos y daban las listas de los candidatos de su partido, y, regularmente, éstos ganaban las elecciones” (*Ensayo histórico de las Revoluciones*).

La cita nos remite a una distinción tajante: ciudadanos proletarios y ciudadanos. Dos mundos diferentes que se entrecruzaban en uno de los nuevos espacios de la modernidad política: el acto electoral. El lector sobrentiende que se está hablando de *transición política*, porque para estos años existe una continuidad asombrosa en los procesos productivos, en la estructura social, en la mentalidad religiosa, por sólo mencionar algunos elementos de la sociedad mexicana.

El libro también es importante por el uso de nuevas fuentes. Así, Cristina Gómez utiliza por primera vez los inventarios por fallecimiento, que le permiten reconstruir las bibliotecas particulares de la Colonia, entre 1750 y 1819. Laura Suárez le da un nuevo sentido a los acervos mexicanos de folletería y usa los archivos nacionales de Francia. Laurence Coudart aprovecha una fuente original, el correo de lectores del periódico *El Sol*. Alfredo Ávila rescata el manuscrito de Francisco Santoyo del Rare Books de la Universidad

de Texas. Graciela Gaytán maneja documentación importante de los ramos de Inquisición y Criminal del AGN. Miguel Soto emplea el archivo de la General Land Office en Austin, Texas. Jaime Olveda rescata documentos de los archivos de la Defensa Nacional, AGN y la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco. Mario Vázquez maneja documentos de los archivos General de Centroamérica, de Chiapas y AGN.

Si un libro es valioso porque nos hace pensar, éste sin duda cumple sobradamente con el requerimiento. Los diez autores introducen ideas o interpretaciones valiosas a la discusión. Cristina, Laura y Laurence, en los tres primeros artículos, abordan el problema de la formación de un nuevo espacio público de opinión, desde diferentes puntos de vista: las bibliotecas particulares, los impresores-editores y los lectores comunes y corrientes. Los tres trabajos plantean, de alguna manera, la importancia de la palabra escrita para la difusión de las nuevas ideas. Los mismos escritores de la época tenían conciencia de ello. José Joaquín Fernández de Lizardi en una polémica con un fraile carmelita, en 1825, da cuenta de la ventaja de la palabra escrita sobre la cultura oral, más propia de la pre-modernidad: “Le apuesto a Fray Manuel de la Expectación... a que no tiene bragas para imprimir su sermón conforme lo predicó... y se lo repito a su reverencia, que si ellos tienen púlpitos para insultarme, yo tengo prensas para defenderme, y la ventaja está por mí, porque las palabras se las lleva el viento, y los escritos permanecen. ¡Pobres frailes chaquetas carmelitas!” (*Conversaciones del Payo y el Sacristán*).

Los artículos de Alfredo Ávila y Rubén Ruíz nos llevan a pensar sobre dos temas fundamentales de la modernidad política: la libre competencia por el poder y la tolerancia. Más bien, salvo raras excepciones, la cultura política entre 1808 y 1835 se caracteriza por el faccionalismo y la intolerancia. Para muestra basta un botón. Valentín Gómez Farías, patriarca del primer liberalismo, aplica la *Ley del Caso*, en 1833, a sus enemigos políticos.

Catherine Andrews plantea en su escrito, entre otras ideas, cómo los políticos de la época privilegiaban el pragmatismo sobre la ideología. También rechaza el centralismo y conservadurismo atribuido a la administración de Lucas Alamán. Campo amplio para la discusión. Cada vez sabemos más del liberalismo mexicano, pero pienso que falta mucho por investigar sobre el conservadurismo mexicano del siglo XIX.

Graciela Gaytán nos presenta, de manera clara, el carácter polifónico de la Historia en la actividad de un empresario. Nos dice: “Como hombre de transi-

ción, José María Fagoaga resumía en su actuar renovaciones y permanencias, reflejo de los tiempos clave que le tocaron protagonizar.” (p. 209).

De manera novedosa, Miguel Soto analiza los avatares empresariales y políticos de Lorenzo de Zavala en Texas. El doctor Soto centra su estudio en dos temas: la racionalización que hizo el mismo Zavala sobre su actuación en tierras texanas y si el yucateco fue o no un traidor a la patria, tema de por sí muy espinoso. La prudencia de Miguel evita llegar a un tema ineludible: el de la corrupción. Porque si de algo hemos de juzgar a Lorenzo de Zavala, es de ser proclive al dinero fácil, esto es, al que se obtiene aprovechándose de un cargo público. Cuando se comenzó a discutir en el Congreso del año 33 el arreglo de la Deuda pública con la amortización de los bienes de la Iglesia, Zavala, diputado por Yucatán, introdujo una ley para una venta rápida de estos bienes. Varias fuentes de la época aseguraron que el yucateco pensaba realizar negocios lucrativos. Un tema que eludimos casi siempre es el de la corrupción. Pero, ¿se puede transitar a una nueva cultura política con altos índices de corrupción?

Jaime Olveda desarrolla con gran propiedad el tema de la soberanía y nos lleva a re-pensar el primer federalismo mexicano, desde la óptica de un estado tan importante como Jalisco. Mario Vázquez nos hace reflexionar sobre nuestro concepto de nación, así como la difícil construcción en Chiapas de un discurso mexicanista que de alguna forma legitimó su incorporación a México.

Los historiadores en cierto sentido nos parecemos a Sísifo. Cada vez que estamos a punto de llegar a la cima de la montaña, con nuestra enorme piedra a cuestas, la tenemos que dejar caer. Volvemos a bajar y a diferencia del personaje de la mitología griega, tomamos una nueva piedra, más acabada, mejor pulida, nos la echamos a la espalda y volvemos a escalar la montaña. En este sentido, Benedetto Croce tiene razón: toda Historia es Historia contemporánea. Muchas gracias.

REYNALDO SORDO CEDEÑO

Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM